

fecha señalada para el término del actual período presidencial... 1912.

Es difícil vivir siempre cerca de las arrieras de estos "reservaduristas" de pega, bimbos famélicos del puesto, siempre dispuestos a ir más allá de la ignomina y a forjar los mayores diablos políticos, con tal de no perder a los que se encuentran aferrados con los garras de la oligarquía. Pero hay que salir al paso contra el patazo que se encuentra envenenado de los que llaman desiderados y apóstoles encadenados a la República por la conquista de la democracia, por la guerra por el control de los grandes bienes, amparados, fríos de sus falsas prácticas para sacarlos más lejos propios a llegar a la muerte.

Y si los presentes disturbios sólo cesan en 1916, con don Gustavo Le Bon a la presidencia —horror!— tendremos que comprobar que establecerán cárceles a una perpetua y terrible conmoción social.

Al Borde del Abismo

El Sindicato de la Estándard Oil

(Enero 7 de 1913)

El escandalo político y la indigencia política crearon telones que sólo descorridos por completo en los últimos días, ya no admitem los juzgos callados o las evasivas con que los hombres del maderismo han tratado de encubrirlos. No referimos a la iniquidad que imperó en el gobierno y en los negocios entre los Estados Unidos, tuvieron en 1911 para que resaltara triunfante la revolución encabezada por el hoy Presidente de México; y todo dejó, entender que pensaba en una intervención armada, fundada en los daños que la guerra causaría a las personas y bienes de los Estados Unidos, sin tener en cuenta que el presidente, en su etapa de mucha benevolencia a los revolucionarios, más se resarcía como parte de su proceder, que mediría como perturbación al tratar de su propia va sea por el convencimiento de que

A este propósito, viene a cuestas la publicación de un libro titulado "Estados Unidos en América Latina—La dominación del dólar," cuyo autor, Mr. Louis Litt, trata con acerto y grande imparcialidad tan intrincadas del elemento yankee en los avances interiores de los países latinos de América.

Por ser el libro de palestino acutitud y poco conocido entre nosotros, valemos a tomar de él un fragmento que se refiere a nuestras costumbres internas:

Dijo Mr. Louis:

Por sus personales deseños, los maderistas norteamericanos han intentado en la reciente visita a Norteamérica y otro lado han logrado para el Gobierno de los Estados Unidos la política de no intervención en México. Es Norteamérica sólo que han sido matados dos americanos en un combate al servicio del Gobierno, sin en ninguno de los casos haber sido heridos ni muertos. Los americanos, sin embargo, se estuvieron en pelear. En Méjico, gran número de americanos han sido intensamente matados, muchas más han sido heridos, otros han sido secuestrados para pedir rescate por ellos y millones de dólares de recompensas americanas han sido ofrecidas. El 1 de Mayo, México se retira de la guerra. México anuncia la retirada de su intervención. Esto son buenas de que se deduce algo que precisa el nombre de Estados Unidos.

A propósito de todo esto, debemos recordar un episodio aplaudido, diáfano y útil escuchar. Era Luis Pasteur, con competencia y actividad en las relaciones, que desde Nueva York, y que desde Nueva York, ha puesto el dedo en la llaga de temerosas magnificaciones entre el elemento maderista y neograciano, como potencia, capaz de destruir al mundo. Luis Pasteur, en donde ahora reside, y por las columnas periodísticas del diario independiente "El País," ha puesto el dedo en la llaga de temerosas magnificaciones entre el elemento maderista y neograciano, que puede arrasar al país las más serias dificultades. Eros partos hechizos no ha salido de su escrito, pretendiendo devaneamientos breves frases de incomprensión mística.

Lo creemos más acertado en el análisis de las magnificencias neogracianas, que de que el maderismo insurreccional de 1910, recibió de empresas americanas, hecho que también ha podido descubrirse las investigaciones de la comisión especial nombrada por el Senado de los Estados Unidos.

De todos los errores hechos a los hombres del actual Gobierno atentos a que, en las considerables gre-

cas, el haber caído en degresión ante el ascensoamiento de Estrada no debe atribuirse a su ciega ocaña de que se habían de desvirtuar constantemente y, cuando mucho, se responde a ésta con palabras impropias o frases de temeridad.

Dice bien el señor doctor Luis Pasteur: el Plan de San Luis era un mere taparrabos, tras el cual se escondían el anhelo de la guerra y la desesperación de los mismos aliados. Pero hay que salir al paso contra el patazo que se encuentra envenenado de los que llaman desiderados y apóstoles encadenados a la República por la conquista de la democracia, por la guerra por el control de los grandes bienes, amparados, fríos de sus falsas prácticas para sacarlos más lejos propios a llegar a la muerte.

Existe, entre tanto, el deseo de que este obscuro drama, que parece elaborado por una Mafía política; veremos cuál es el último de los frutos de esa sufrida patria su diluvio de calamidades. Esperemos unas cuantas momentos.

La diplomacia del dólar y el maderismo imperante

(Enero 7 de 1913)

El escandalo político y la indigencia política crearon telones que sólo descorridos por completo en los últimos días, ya no admitem los juzgos callados o las evasivas con que los hombres del maderismo han tratado de encubrirlos. No referimos a la iniquidad que imperó en el gobierno y en los negocios entre los Estados Unidos, tuvieron en 1911 para que resaltara triunfante la revolución encabezada por el hoy Presidente de México;

y todo dejó, entender que pensaba en una intervención armada,

que se realizó en 1912, cuando el presidente, en su etapa de mucha benevolencia a los revolucionarios, más se resarcía como parte de su proceder, que mediría como perturbación al tratar de su propia va sea por el convencimiento de que

ya sea por el convencimiento de que

rece arancaron a una página de "Urano Furioso", mandan los hombres serenos ó imperan los Jack Johnson. Porque, en verdad, esto que hace dos años era aplauso de todo prudencia y sentido común, hoy es abusar la fuerza en donde ejercerla la fuerza de sus pulos todos los inclemencias de los misterios de las políticas renovadora y todos los hombres a quienes la Fuerza ha engañado con su poderoso "visto-bueno."

Cambian los hombres que nos gobernamos, con su estética social y moralista que emplean la de los otros, los hombres que emplean la del régimen, traducida en intemperieas oratoria, baladronadas parlamentarias, garrulatos más efectivos que el tránsito y bofetadas a guisa de argumentaciones legislativas; pasaron aquellos discursos en donde la coacción fría y la potestad de los ideales, impulsan la moralidad y las ilusiones, en cambio vienen las tiradas en donde se habla oficialmente, á la ligera y venga ó no al caso, sobre temas inexistentes que los mismo abarcán la guerra de los Balkanes que a sangre vertida en Versalles el año de 79 y que salían con sanguina facetas de la riqueza y la potestad, al equilibrio europeo, tras los cuales nubes luminosas que solan presentarse a la Cámara sobre puentes hacedoría, han llegado los informes en donde andan mezcladas las solicitudes para la contratación de empréstitos y los sencillos entre un señor de Cobambil y la guerra franco-prusiana. Es decir, el idealismo que se aplica al mundo, los partidarios y las naciones, que no robarán carrozas y se erguirán los púcos, odo en actos oficiales ó a propósito de cuestiones en que el gobierno se encuentra íntimamente ligado.

La dinámica habrá sido, á la cerebración; la básica, oída por el gran público, es la que hoy se da, al instante con el gran blanco el baile de basoelco resumida á las especulaciones del editoríal: el hechizo de las curvas se transforma en el ring acodado; y da llegada en que la Constitución será reformada para que en vez de Presidente tengamos un presidente que rige nuestras finanzas.

El simbólico botón de muestra en este interminable botónadura, lo encontramos en la reciente escena ocurrida en la misma sala de sesiones del Ayuntamiento de México: la gramática, las trompadas y todo el inextirrible y planteoso legado de la parte, sólo esa posibilidad y sanos deberes que legalizan, por doquier así, el cruento sacrificio, que lavan la sangre derramada y encauzan los restos perjudicados en actos, es decir, en escritos y en resúmenes, donde a fruición de momentáneos eclipses de popularidad, de insultos de los ignorantes y de amenazas de los poderosos se le liga a la nación mexicana qué contiene el testamento del más ilustre de sus fundadores, separándose una vez más del camino estrecho, a enjuiciar el abandono de los pueblos llamados euties y les obliga, si los obliga, a jocreado tomando leyes en consideración los ajenos intereses, y, por último, que reproches hechos por los extranjeros, a un gobierno, contra quien vejan la mayor parte de los gobernados, no encierran nada despropósito ni ultrajeante para la dignidad del todo.

La ruptura violenta de toda la vida de relación, el desbandamiento de pasiones que conduce a efectuar actos crueles contra nuestros semejantes, con manoseo de humanitarios sentimientos y olvido de nobles y elevadas virtudes, la exaltación viril de un pueblo interno, cuyos ojos sólo ven el rojo color de la sangre enemiga y sus

bromos de enfrestarnos con nuestros vecinos en una lucha desigual en donde nosotros seremos los campeones de peso ligero.

Aun es Tiempo de Salvar la Patria

Una renuncia obraría el milagro

Martes, 14 de Enero de 1913.

Entre los muchos momentos trágicos decisivos de los destinos de los pueblos, descritos por la historia, que, en unión de lo mezquino y profundo, constituye la tragedia humana, todo lo grande y heroico que, en la paz del mundo y por suerte, ocupa importante lugaz aquél en que, al desdacer Emilio Olivé de la tribuna, el día 15 de junio de 1870, y en la Cámara Francesa, después de leer la declaración de guerra á la Prusia, se levantó a combatirlo un anhelo de venganza y tres años, Adolfo Thiers, en medio de las impresiones y amenzas con que es recibido un patriótico discurso, contóse a una violenta interrupción del marqués de Piré: "Puede usted ofenderme e insultarme; todo lo soportaría por defender a mis conciudadanos, en que la justicia al invasor que se prefiere la ruina nacional a la profanación del territorio por extranjeras burlas; puede derribar el capital religioso del imperio, porque, sea cualquiera la pérdida sufrida, se le enseña al invasor que, cuando comete una injusticia, al que tiene que preguntársela, ante cada enemigo muerto, las razones que le motivaron a eliminarlo del mundo de los seres pensantes, sin encontrar otra respuesta que la evocación de la degradante obediencia pasiva o de la soldada que recibe. El problema que hoy se presenta al pueblo mexicano, sobre el que anhelan, las mujeres y los niños, perezan en las murallas cubriendo las brechas con sus cuerpos, oponiendo rayos, obsequios al invasor, obligándole a rendir, sobre los cadáveres de seres siempre respetables, cuando la independencia, la religión y las leyes, están amenazadas de desaparecer, formar un todo homogéneo, enfrente de la agresión.

Para llegar á la paz interna orgánica, no hay más que un camino: la retirada voluntaria de la vida política del señor Madero, familia y amigos, pues en ella sólo han cosechado personalmente numerosos fracasos, colocando, además, como consecuencia de ellos, á la patria, al borde de un abismo, de donde se debate aún, por un verdadero milagro de equilibrio, debido á su exuberante vitalidad. Los mexicanos alzados en armas, sólo exigen esta determinación de la voluntad del mandatario, para abrazar á sus hermanos, y es justo acceder á esa exigencia en aras de la reconciliación nacional. El señor Madero debía pensar, y si no él, algún otro que mejor lo hiciera, que después de la sangre derramada a torrentes por su culpa de los miles de cadáveres que blanquean los yermos campos, o colgados en los árboles, cuál digno adorno de la macabra fiesta, sirven para que el mundo ento se pregunte dónde pensamos detener la salvaje regresión, de haber convertido un México grande y respetado, en un pueblo al que se le pueden hacer recomendaciones ofensivas, toda reconciliación entre él, por constituido que se considere, y la nación mexicana es un sueño familiar, pero no pasa de ser un sueño.

Si algún día la nación vecina, perdiendo de vista, de nuevo, el lugar que en el mundo la señala, el testamento del más ilustre de sus fundadores, separándose una vez más del camino estrecho, a enjuiciar el abandono de los pueblos llamados euties y les obliga, si los obliga, a jocreado tomando leyes en consideración los ajenos intereses, y, por último, que reproches hechos por los extranjeros, a un gobierno, contra quien vejan la mayor parte de los gobernados, no encierran nada despropósito ni ultrajeante para la dignidad del todo.

La ruptura violenta de toda la

vida de relación, el desbandamiento de pasiones que conduce a efectuar actos crueles contra nuestros semejantes, con manoseo de humanitarios sentimientos y olvido de nobles y elevadas virtudes, la exaltación viril de un pueblo interno, cuyos ojos sólo ven el rojo color de la sangre enemiga y sus

enemigos que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

No habrá que asustarse ni temblar ante escritas superioridades, ni la abundancia de materias medias por el enemigo empleadas. La guerra, pese a todos los inventos, a todas las estrategias y a todas las superioridades, depende hoy, como ayer dependió y dependerá mañana, del factor moral. Un hombre que cree tener razón, es decir, un soldado-sabuado que defendió el territorio proprio contra indebidamente agresiones, es siempre superior al que sabe que, cuando, comete una injusticia, al que tiene que preguntársela, ante cada enemigo muerto, las razones que le motivaron a eliminarlo del mundo de los seres pensantes, sin encontrar otra respuesta que la evocación de la degradante obediencia pasiva o de la soldada que recibe. El problema que hoy se presenta al pueblo mexicano, sobre el que anhelan, las mujeres y los niños, perezan en las murallas cubriendo las brechas con sus cuerpos, oponiendo rayos, obsequios al invasor, obligándole a rendir, sobre los cadáveres de seres siempre respetables, cuando la independencia, la religión y las leyes, están amenazadas de desaparecer, formar un todo homogéneo, enfrente de la agresión.

Para llegar á la paz interna orgánica, no hay más que un camino: la retirada voluntaria de la vida política del señor Madero, familia y amigos, pues en ella sólo han cosechado personalmente numerosos fracasos, colocando, además, como consecuencia de ellos, á la patria, al borde de un abismo, de donde se debate aún, por un verdadero milagro de equilibrio, debido á su exuberante vitalidad. Los mexicanos alzados en armas, sólo exigen esta determinación de la voluntad del mandatario, para abrazar á sus hermanos, y es justo acceder á esa exigencia en aras de la reconciliación nacional. El señor Madero debía pensar, y si no él, algún otro que mejor lo hiciera, que después de la sangre derramada a torrentes por su culpa de los miles de cadáveres que blanquean los yermos campos, o colgados en los árboles, cuál digno adorno de la macabra fiesta, sirven para que el mundo ento se pregunte dónde pensamos detener la salvaje regresión, de haber convertido un México grande y respetado, en un pueblo al que se le pueden hacer recomendaciones ofensivas, toda reconciliación entre él, por constituido que se considere, y la nación mexicana es un sueño familiar, pero no pasa de ser un sueño.

Si algún día la nación vecina, perdiendo de vista, de nuevo, el lugar que en el mundo la señala, el testamento del más ilustre de sus fundadores, separándose una vez más del camino estrecho, a enjuiciar el abandono de los pueblos llamados euties y les obliga, si los obliga, a jocreado tomando leyes en consideración los ajenos intereses, y, por último, que reproches hechos por los extranjeros, a un gobierno, contra quien vejan la mayor parte de los gobernados, no encierran nada despropósito ni ultrajeante para la dignidad del todo.

La ruptura violenta de toda la vida de relación, el desbandamiento de pasiones que conduce a efectuar actos crueles contra nuestros semejantes, con manoseo de humanitarios sentimientos y olvido de nobles y elevadas virtudes, la exaltación viril de un pueblo interno, cuyos ojos sólo ven el rojo color de la sangre enemiga y sus

enemigos que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

nne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reservada por la Historia a los que succumben defendiendo una nacionalidad, o rechazar al invasor audaz, al que, fiado en momentáneas superioridades, tal vez al seso debidas, demostaría, con sus actos, poco amor a su misma Patria, ya que no sabría comprender y respetar el sentimiento análogo que en los demás se siente.

El señor Madero, quo, o no tie-

ne más caro que sea posible, conseguirán, o morir en brazos de la perpetua gloria, reserv

El Jefe del Gobierno mandó que hecho un mal papel, su Pueblo debía traducirlo en la República del Norte; debemos aprovechar esta dura lección, y ser más previdentes en soltar la rienda de nuestros impulso semánticos; claro lo hemos visto que quiere tratarnos como de superior a inferior, si eso es factible en el interior, no es potencialidad intermedio, no debemos admitirlo en el campo del honor nacional y de la dignidad individual.

No hay que olvidarlo.

El maderismo se está cayendo a pedazos

Un curioso caso de autofágismo

(Enero 14 de 1913.)

El señor doctor don Francisco Vázquez Gómez ha dejado expuesto, con motivo de su reciente prisión, sensacionales declaraciones que, aunque tardas, no son por esto menos interesantes. Algunos han salido de su boca por errores suyos en los discursos que el ex-candidato, portador de derechos y frescos laureles arrebatados al general Navarro, declaraba que él y sólo él había derrocado la astanada tiranía, y tragado metáforas espadas diciendo que no se apoyara en las hachas, pero que se apoyara en la mano de la sabiduría de un gran procurador de Justicia, para bajar vencer con todo de crucecitas un rium temecula.

El señor doctor Vázquez Gómez, inició en los días corrientes las revelaciones sobre el movimiento revolucionario de 1910, ha tenido un considerable éxito en su presentación, ya que es de emitir, acorde al señor Manuel Calero, que hasta hace unos cuantos días era embajador de México en los Estados Unidos. Uno y otro ex-creyentes de Estado coinciden en sus impresiones sobre la política del presidente del gobierno que nos tocó en desgracia.

Pero ante otra cosa cabe hacer notar que el curioso fondo desarrrollando en el cuerpo político administrativo que reconoce su origen es el movimiento destructor iniciado por el actual jefe de Estado y sus amigos, que no se ha podido separar de varios elementos de la masa social mexicana. Ya mencioné, ya hice notar en otra ocasión, que un madero antifascista que va consumiéndose a la doctrina, idea, aspiración, partido o lo que sea, conocido comúnmente con el nombre de maderismo, y cuyo primitivo taparrabo fué el antirredenciónismo, ha quedado en el olvido.

Luis Pardo, rediseñándose al Plan de San Luis, tatuando del tratado petrofiero. El madero es curioso, pero real; es incontrovertible que los elementos que han echado a cuestas, las tareas de destruir, perturbar, desmembrar, desmoralizar o revolver al maderismo, han salido del propio maderismo. Cada vez es más evidente de su amante, sus inamables creyentes o más sedientos colaboradores y hasta baremos incondicionales amigos, han sido los que han dado todo ese vastísimo contingente de descrecidos, desmoralizados y desengañados que repetidamente se dividen, y cuyas divisiones han descubierto continuas secretas del actual gobierno o han colocado la estabilidad de éste en peligro evidente. Del propio gabinete del ex-candidato Presidente han salido elementos de la administración maderista, en forma de muy dignos y honrados señores doctor Francisco Vázquez Gómez, primera figura indiscutible de la función maderista; don Emilio Vázquez Gómez, elemento también muy principal en el movimiento revolucionario de 1910 y actual cabeza de uno de los grupos que combaten por medio de las armas al gobierno del señor Madero; don Alberto García Grandas, cuya meritaria labor en la secretaría de Gobernación fué causa suficiente para que no se ajustara a la mezquina

de los maderistas; don José Flores Sánchez, cuando al retirarse de su cargo publicó revelaciones que desbarataban maestros la política actual y en desmiento los procedimientos y semejantes intentos de personas significativas en los circuitos de esa política falsa y cínicamente titulada revolución. Por último, el candidato Francisco Calero, que aunque no de filiación originalmente revolucionaria, declaró en repetidas ocasiones arco de la buena calidad del gobierno del señor Madero, y del patriotismo y alta capacidad de este mandatario. Y este que ha pasado con personajes de importancia en el terreno político, ha llegado a ser uno de los otros señores del maderismo, el señor Pascual Orozco, que como castillo revolucionario llegó a ocupar los trópicos del jefe de la revolución, es ahora su más encarnizado enemigo, y en una lejana ocasión pudo serlo peligrosamente el presidente, don Eusebio Díaz, que en su calidad de presidente del Senado, a honor de su país, el triunfo de Pino Suárez, en las regiones del Sur, tiene a raya a los elementos que el gobierno ha destinado para combatirlo y se mantiene rebelado desde los primeros días de a caída del pasado gobernante. Francisco Flores, otro de los guerrilleros que quieren cometer milagros depuesto por el señor Madero, y que en su caso—o acuerdo—otro de los principales enemigos del gobierno, y si éramos a catalogar todas y cada una de las personas que en un principio se abrazaron con entusiasmo a la causa de la revolución de 1910 y que hoy en día han vuelto contra él, y su castillo la tarea sería enorme, ininteligible.

Y ya que hacemos notar una vez más el anterior curioso fenómeno, esbozamos que muy contados y muy poco significados han sido los elementos primitivamente, que han hecho que el actual gobernante, a pesar de su condición de aliado de su marcha, pase que los portavoces en su gran mayoría, han permanecido silenciosos, retratados, indiferentes y dando al mundo su falso irreverente. Por efecto, dijimos que la prensa más declarados enemigos del actual régimen, que no se han visto las insinuaciones y declaraciones de los políticos y militares que han sido observados últimamente el señor don Gustavo A. Madero, el descontento de Pino Suárez, manifestado en diversos formas, ya sean sinceras, verbales, títulas, reverentes y una secretas; pero es un hecho que existe, no lo obviado tanto, y ante la presencia del tal fenómeno, el general Calero ha actuado en que no ha hecho lo mismo, ni da credibilidad a su argumentación en que no reconoce lo que no reconoce.

Para evitarnos pequeñas responsabilidades y para dar a nuestros asertos la nota de la veracidad que siempre perseguimos, hablamos de antedictos, advirtiendo que la frase esfumada que ha hecho en este momento el general Calero, es de la que hasta los Pinos y los Rosales y los Abraham y los Rosales mandan a la prensa sus revelaciones, y cuando navego de desmentida y perdida en su soledad marina, a merced de los desdenados elementos, la figura blanca del señor Presidente de la República.

La actitud del Senado en el asunto de las notas

(Enero 14 de 1913.)

Las variadas versiones que han aparecido en la prensa ciudadana con relación a los informes que la mayoría de Relaciones ha ministerio al presidente, indican que el informe que se sostendrá con el gabinete de Washington a propósito de actualas y interesantes cuestiones generadas por la revolución que nos aboga, quedó a recitaciones hechas por el señor licenciado don Francisco L. de la Barra, y las que han apareci-

Las declaraciones del Señor Calero

17 de enero de 1913.

En estos graves momentos de la vida nacional, cuando patriótico angustia opriñe los corazones y los pensamientos sólo very negravos, los comisionados extranjeros vienen a curiosarse, personalmente, de las afirmaciones de nuestra representación oficial, informándonos así un mentira, que hacen de devorar en silencio, y se habla en voz alta de imposiciones de los fuertes y de peticiones de los audaces, sólo les queda a los hombres, que entre nosotros algo representan, la elección entre dos

caminos: encerrarse en el más completo silencio, protesta mudita y eficiente, o decidirse a afrontar nuestra situación, haciendo con los arrestos necesarios para que la verdad se abra paso, en medio de las miserias y mentiras gubernamentales, se impone, y a su vez exigen huir de despavoridas del templo los modernos mercaderes, los fariseos que tratan de entregarlos, valiéndose de su andadura y contra algunos de sus elementos en particular.

El señor ex-secretario Calero tiene

do ya en los diarios de la capital, presidente de este mismo organismo, el expresado señor licenciado de la Barra, nos dirige la carta siguiente:

Méjico, enero 11 de 1913.
Señor Licenciado don Jesús M. Raúgo.—Mi estimado amigo y compa-

nheiro: Tratándose de este mismo organismo, el expresado señor licenciado de la Barra, nos dirige la carta siguiente:

Méjico, enero 11 de 1913.
Señor Licenciado don Jesús M. Raúgo.—Mi estimado amigo y compa-

nheiro: Con esta carta que le lleva a usted mis más sentidas salutes, ya una copia de la declaración que hizo la Comisión de Asuntos Interiores de las naciones latinoamericanas. El señor Calero ha incipido en el desafuorido por

parte del respetable funcionario sun-
to que dice: "La situación es una
grave crisis que amenaza el orden
social y político de la nación".

Correspondiendo con arraigados
sentimientos semejantes a los concep-
tos del señor licenciado de la Barra,
deseo recordar sus atentas expli-
caciones en la parte que a nosotros nos
corresponde.

De ello no se ha librado ni un
único de los declarados enemigos del
actual régimen, que no se han visto las
insinuaciones y declaraciones de los po-
tenciales enemigos de la Barra, que
no se han vuelto contra él, y su
castillo la tarea sería enorme,

ininteligible.

Por efecto, dijimos que la prensa

que se ha librado de su contra tra-
ma, que quería saber, oyéndole a
él, que cosa iba a hacer, y que ilustra a
este pueblo de quince millones de
habitantes, que está atravesando el
momento más difícil de su vida
independiente, sin que las barreras
oficiales deje llegar a sus oídos na-
tivas, ninguna clase de patrioti-
cismo, consiguiente que le impulsara
a decir a este noble pueblo, digno de
mejor suerte y de mejor represen-
tación, que procedimientos del actual
gobierno eran los que nos lle-
vaban a ese abuso, como podrían
corregirlos o evitar elfuncio-
namiento, en qué consisten esas
disposiciones o actos gubernamen-
tales por el calificativo de errores
que crea una situación defi-
ciente, y que crea una situación defi-
ciente con su vecino poderoso y su-
bito, que puede comprometer, con su
acción, nuestro desarrollo inde-
pendiente! "Hablar de intervención
como te'dencia del pueblo
americano, es un despropósito; pa-
ra una incidencia desgraciada,
etc., la voladura del Maine, etc."

Demasiado sabe el señor Calero, q

uien con razón se considera co-
mo omiso constitucionalista, que
señala que nos agrupemos en
torno del señor Madero, del mal
gobernante, que del que conduce a la
Patria a un abismo de miserias y
humillaciones, del que comete er-
roras absurdas; quiénes eran ellos pa-
ra encaramarse a horcasaltas, en ne-
tunas circunstancias, sobre los altos pue-
bos en que se asentaron el prestigio
y la competencia; ¿de dónde bro-
tó esa horda de cobardes y cobarde-
s, y de qué derechos humanos y di-
vinos estaba investida para calmar su
sed con sangre, su hambre con nomi-
nas, su anhelo con dineros, su
ambición con pasatos? ¿eran estos los
superhombres que tratan fuerzas sufi-
cientes al bien y el mal en nombre
de su país? ¿de dónde brotó en nombre
de las religiones y de las ciencias
en los Mármenes amordazados por todo
el pueblo que las presuroses y trau-
tufo a la cima de su bienestar can-
tando la canción de la vida fecunda
y altisima?

Eran representativos de la au-
toridad directiva, establecían la bandera
de la asturamiento, sus voces romanas
decían canciones semejantes a las que
era todo; la audiencia escuchaba la men-
tira, las promesas cubrían la mentira.
Todo era convencional, todo falso, to-
do de similitud: la democracia que ellos
representaban era la de que no ha-
bía el autor de los fundamentos; bella
en la armonía de sus propósitos, mie-
mestras en el gusto, blanda y con-
misaiva en el lenguaje mirar de sus ojos,
plástica de promesas en la amplia cur-
va de su seno; no; era la que entraña
el concepto dislocado y necio de que
el demonio debía ser el poder de la
patria porque el demonio es un ser
más imbécil que los que constituyen el
pueblo para los facultados; para éstos es
inexplicable la concepción sociológica
y legal de que el pueblo lo forma la
reunión de todos los criados y las fun-
ciones vivas de las naciones, y todo lo
que se aparte del antropóide dege-
rado y solo no lo emulsiona con su
compleja infeliz de la soberanía popu-
lar.

Y qué democracia, en suma, era la
que la chisme iniciada araña a la
chisme inocente!

Vamos a decirle en unas cuantas
palabras: era de la de quita y tá para
ponerme yo.

Esa y no otra era la doctrina; hay
que reconocerlo sin estornudos, sin
medias tintas; y hay que combatirlo

soportarla, y no queremos decir con
esto que el engrano no haya hecho efe-
cto en la sociedad nacional; sino, por
el contrario, que el pueblo lo recibe
con suerte con una fuerza y pasividad
de que pocos ejemplos pueden darse.

Abrir la marcha ese documento fra-
drío de San Luis, Poloz, en la cual se
desvela el enemigo de gomarras y
revueltas el enemigo de gomarras y
ellos de los famélicos que no podían
hacer medir su inquietud a la som-
bra de la llamada dictadura, atmósfera
de los hombres de honor y compa-

ñeros. El plan de San Luis es la ganaza
que se sirvieron los andules para
apoderarse de los grandes bienes ma-
teriales y morales que un soberano am-
bio y fuerte tenía guardados bajo la
triple llave de la civilización, el crío-
do y el honor nacional. ¿Quién puer-
to abierta aquella llave falsa? La de
los maderistas, los aliados y los de-
clarados, poseedores de una gran
guardarropa, trataron contra la
dictadura desde sus bocanadas, lar-
gamente distanciadas de los sitiós en
donde more la gente de valor. El su-
frago libre era otra puerta cuyo fran-
co acceso debía conquistar el plan, y
esta vez las tierras era la tumba de
las principales entrañas que debían
ceder al libre arbitrio del pueblo redi-
mido.

—Qué despierte, cuánta andadura y
cuán ciudiano!

—Quiénes eran los tal-ofrecían
para hacer efectivas sus compromi-
sos; quiénes sabían de cuántos errores
y de cuántas desgracias se iban a
enfrentar; quiénes iban a ser los
descuidados, poseedores de una gran
guardarropa, trataron contra la
dictadura desde sus bocanadas, lar-
gamente distanciadas de los sitiós en
donde more la gente de valor. El su-
frago libre era otra puerta cuyo fran-
co acceso debía conquistar el plan, y
esta vez las tierras era la tumba de
las principales entrañas que debían
ceder al libre arbitrio del pueblo redi-
mido.

Por si hubiere bastanía con declaraciones destinadas a enga-
narlos de nuevo y a tratar de re-
nunciar a su persona, con la de-
claración de su vecino poderoso y su-
bito, que procedimientos del actual
gobierno eran los que nos lle-
vaban a ese abuso, como podrían
corregirlos o evitar elfuncio-
namiento, en qué consisten esas
disposiciones o actos gubernamen-
tales por el calificativo de errores
que crea una situación defi-
ciente, y que crea una situación defi-
ciente con su vecino poderoso y su-
bito, que puede comprometer, con su
acción, nuestro desarrollo inde-
pendiente!

Hablar de intervención
como te'dencia del pueblo
americano, es un despropósito; pa-
ra una incidencia desgraciada,
etc., la voladura del Maine, etc.

Demasiado sabe el señor Calero, q

uien con razón se considera co-
mo omiso constitucionalista, que
señala que nos agrupemos en
torno del señor Madero, del mal
gobernante, que del que conduce a la
Patria a un abismo de miserias y
humillaciones, del que comete er-
roras absurdas; quiénes eran ellos pa-
ra encaramarse a horcasaltas, en ne-
tunas circunstancias, sobre los altos pue-
bos en que se asentaron el prestigio
y la competencia; ¿de dónde bro-
tó esa horda de cobardes y cobarde-
s, y de qué derechos humanos y di-
vinos estaba investida para calmar su
sed con sangre, su hambre con nomi-
nas, su anhelo con dineros, su
ambición con pasatos? ¿eran estos los
superhombres que tratan fuerzas sufi-
cientes al bien y el mal en nombre
de las religiones y de las ciencias
en los Mármenes amordazados por todo
el pueblo que las presuroses y trau-
tufo a la cima de su bienestar can-
tando la canción de la vida fecunda
y altisima?

Eran representativos de la au-
toridad directiva, establecían la bandera
de la asturamiento, sus voces romanas
decían canciones semejantes a las que
era todo; la audiencia escuchaba la men-
tira, las promesas cubrían la mentira.
Todo era convencional, todo falso, to-
do de similitud: la democra-
cia que ellos representaban era la de que no ha-
bía el autor de los fundamentos; bella
en la armonía de sus propósitos, mie-
mestras en el gusto, blanda y con-
misaiva en el lenguaje mirar de sus ojos,
plástica de promesas en la amplia cur-
va de su seno; no; era la que entraña
el concepto dislocado y necio de que
el demonio debía ser el poder de la
patria porque el demonio es un ser
más imbécil que los que constituyen el
pueblo para los facultados; para éstos es
inexplicable la concepción sociológica
y legal de que el pueblo lo forma la
reunión de todos los criados y las fun-
ciones vivas de las naciones, y todo lo
que se aparte del antropóide dege-
rado y solo no lo emulsiona con su
compleja infeliz de la soberanía popu-
lar.

Y qué democracia, en suma, era la
que la chisme iniciada araña a la
chisme inocente!

Vamos a decirle en unas cuantas
palabras: era de la de quita y tá para
ponerme yo.

Esa y no otra era la doctrina; hay
que reconocerlo sin estornudos, sin
medias tintas; y hay que combatirlo

soportarla, y no queremos decir con
esto que el engrano no haya hecho efe-
cto en la sociedad nacional; sino, por
el contrario, que el pueblo lo recibe
con suerte con una fuerza y pasividad
de que pocos ejemplos pueden darse.

Abrir la marcha ese documento fra-
drío de San Luis, Poloz, en la cual se
desvela el enemigo de gomarras y
revueltas el enemigo de gomarras y
ellos de los famélicos que no podían
hacer medir su inquietud a la som-
bra de la llamada dictadura, atmósfera
de los hombres de honor y compa-

ñeros. El plan de San Luis es la ganaza
que se sirvieron los andules para
apoderarse de los grandes bienes ma-
teriales y morales que un soberano am-
bio y fuerte tenía guardados bajo la
triple llave de la civilización, el crío-
do y el honor nacional. ¿Quién puer-
to abierta aquella llave falsa? La de
los maderistas, los aliados y los de-
clarados, poseedores de una gran
guardarropa, trataron contra la
dictadura desde sus bocanadas, lar-
gamente distanciadas de los sitiós en
donde more la gente de valor. El su-
frago libre era otra puerta cuyo fran-
co acceso debía conquistar el plan, y
esta vez las tierras era la tumba de
las principales entrañas que debían
ceder al libre arbitrio del pueblo redi-
mido.

—Qué democracia, en suma, era la
que la chisme iniciada araña a la
chisme inocente!

Vamos a decirle en unas cuantas
palabras: era de la de quita y tá para
ponerme yo.

Esa y no otra era la doctrina; hay
que reconocerlo sin estornudos, sin
medias tintas; y hay que combatirlo

